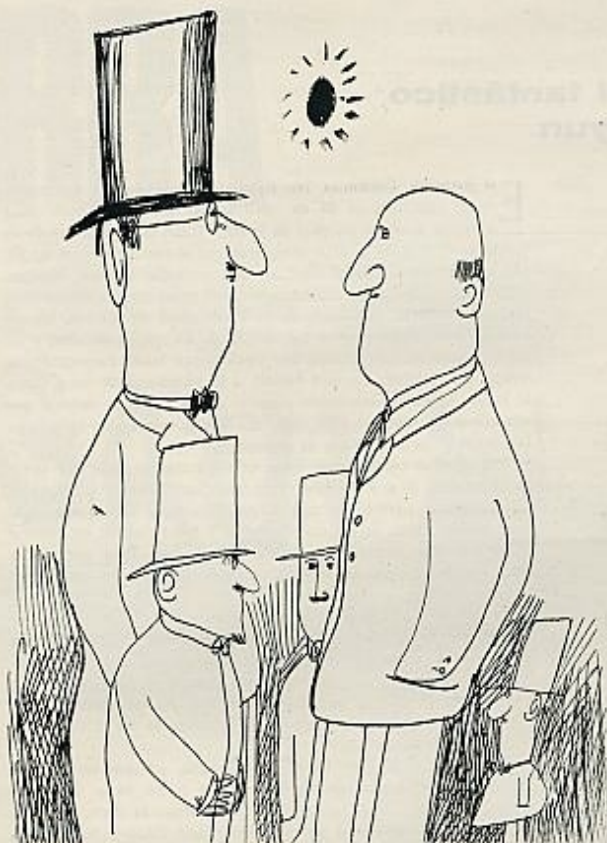


un condenado a muerte se ha escapado de alphaville

EN varias ocasiones se ha hablado en esta columna del cine americano de serie "B". En él, efectivamente, se han encontrado, dentro de los géneros calificados de "menores", que son los que en la serie "B" suelen encuadrarse, auténticas obras maestras u otras que se les acercaban mucho. Incluso en algún momento se llegó a especular —llevando las cosas a sus extremos— sobre la posibilidad de que la serie "B" fuese la única cantera viable de nuevos realizadores, o el único campo de experimentación adecuado para determinados temas. En cualquier caso, la serie "B" antes que por otros criterios, se define por su pretensión a la más directa comercialidad y por los bajos presupuestos. No hay que confundirla, sin embargo, con los subproductos europeos que responden a estas mismas características. De hecho, los films de serie "B" son un fenómeno típicamente americano. En un país donde el programa doble es moneda corriente incluso en los primeros circuitos de exhibición, este tipo de films está destinado, primordialmente, a cubrir la primera parte del espectáculo, lo que no impide que cuando se exporta a Europa —cosa que, por otra parte, ocurre en proporción mínima— se programe independientemente.

Europa no ha tenido, pues, auténtica serie "B". España aún menos. Hemos tenido, sí, abundantísimos films mediocres, supermedios en cuanto a medios materiales, pero sin una repercusión real en los mercados no ya sólo extranjeros sino ni siquiera nacionales. Un cine que durante muchos años se ha venido haciendo exclusivamente de cara a la clasificación de los organismos estatales con miras a la protección oficial es lógico que diera como resultado esta ganga. En realidad, la serie "B" española comienza a tener existencia real sólo ahora, a raíz de las nuevas normas que rigen nuestra cinematografía. El western español puede ser la más representativa muestra de ello, aunque con anterioridad a la proliferación de aquél haya habido excepciones, como algunas films de Iquino. Pero el auténtico precursor y el único representante válido de esta tendencia es Jesús Franco. Sus películas no han sido éxitos en España —muchas de ellas aún permanecen inéditas—, pero han sido distribuidas fuera del país, en circuitos de segunda categoría, abundantemente, aunque muchas veces los nombres de los componentes del equipo hayan sido disfrazados, a comenzar por el del realizador, convertido en Jess Franck para la exportación. En las últimas semanas se ha producido un hecho insólito. Un mismo local madrileño —el Callao— ha programado consecutivamente dos de los últimos films de Franco, "Cartas boca arriba" y "Miss Muerte". Ninguno de los dos es un gran film, pero en ambos se aprecian calidades que es justo destacar, siempre teniendo en cuenta sus específicas características, apriorísticamente asumidas por su realizador. Ambos films son coproducciones, y en ambos ha intervenido como guionista Carrière, colaborador del gran Buñuel en "Le journal d'une femme de chambre" y en su último proyecto, la adaptación del fabuloso "Monje", de Lewis. El dato es importante, en cuanto que denota una preocupación por —dentro de las limitaciones de un género— inscribir en él una serie de elementos fantásticos de buena ley, que vayan más allá del mero truco y de la mecánica del terror, que por otra parte tampoco se desprecia desde el momento en que se trata de jugar siguiendo la regla del juego. Tanto en "Cartas boca arriba" como en "Miss Muerte" se evidencia una buena dosis de invención, una asimilación de elementos clásicos del cine de fantasía y un esfuerzo por introducir, aunque limitadamente, el factor erótico del que tan escaso anda nuestro cine. Por otra parte, se ha conseguido dar a decorados poco explotados —y que cuando lo han sido, fue en su vertiente más cotidiana— un tratamiento que hace resaltar sus aspectos más insólitos. Alicante y el Peñón de Ifach en "Cartas...", el Norte en "Miss..." aparecen como lugares susceptibles de provocar una inquietud en el espectador, sin necesidad de deformación ni de apoyo tramoyático alguno. Los actores, por último, están empleados con arreglo al mismo criterio, utilizados más como objetos inquietantes que como transmisores de ideas o conductas de un personaje. Todo ello impone una cierta homogeneidad a la película como obra en sí, una homogeneidad que si no puede calificarse de absolutamente personal, en cuanto que en todo el cine fantástico de Franco hay reminiscencias —por otra parte no disimuladas— de otros realizadores de la especialidad, y particularmente de Franju, es, de todas formas, innegable. Encasillado en un género con la suficiente amplitud para permitir las necesarias variaciones: terror, espionaje, gangsters..., Jesús Franco, que ha declarado frecuentemente su predilección por un cine abiertamente comercial, recurre, sin embargo, a citas que parecen denotar su añoranza por la posibilidad de una expresión más personal: cuando Eddie Constantine llega a Alicante, en "Cartas...", un altavoz anuncia insistentemente una película con "el duro Eddie Constantine y Anna Karina, la banita", referencia sin disfraz a "Alpha-ville", que no es la única que el film contiene, mientras cuando realmente comienza la acción de "Mtas..." se pronuncia, recordándolo bien, el título del mejor Bresson, "un condenado a muerte se ha escapado". ¿Nostalgia? Puede ser, ¿ironía? También. Lo que no impide que hoy por hoy Jesús Franco, sin ser uno de los nombres clave de nuestro cine, y sin que ello suponga que el camino por él emprendido sea el que pueda ponerse como modelo, sea un nombre a retener, dentro de ese cine de serie "B" que puede coexistir perfectamente con el de mayor empeño que otros o él mismo puedan hacer.

CESAR SANTOS PONTENLA



—¿A cuántas letras aceptadas asciende tu nivel de vida?



—Te quiero tanto que cada vez que deseo tu muerte me arrepiento.